



AYN RAND

FILOSOFÍA:
QUIÉN LA
NECESITA

(PHILOSOPHY: WHO NEEDS IT)

Traducción de Domingo García

COLECCIÓN AYN RAND

DEUSTO

Filosofía: quién la necesita

AYN RAND

Traducción de Domingo García



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Philosophy: Who Needs It*

© Leonard Peikoff, Executor, Estate of Ayn Rand, 1982

© de la introducción: Leonard Peikoff, 1982

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos

© de la traducción: Objetivismo internacional, 2021 (Objetivismo.org)

Revisión de la traducción: Javier Cuesta

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2021

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3258-5

Depósito legal: B. 7.981-2021

Primera edición: junio de 2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	7
1. Filosofía: quién la necesita	13
2. Detección filosófica	26
3. Lo metafísico versus lo hecho por el hombre	40
4. El eslabón perdido	55
5. Egoísmo sin ego	70
6. Carta abierta a Borís Spasski	77
7. Fe y fuerza: los destructores del mundo moderno	85
8. De la boca del lobo	108
9. Kant versus Sullivan	115
10. Causalidad versus deber	131
11. Una carta sin título	140
12. Igualitarismo e inflación	164
13. El estímulo y la respuesta	186
14. Cómo se establece un <i>establishment</i>	219
15. Censura: local y directa	232
16. Una «doctrina equitativa» para la educación	254
17. ¿Qué puede uno hacer?	267
18. No lo dejes ir	274

Filosofía: quién la necesita

Discurso de Ayn Rand a los cadetes diplomados de la Academia Militar de West Point, en Nueva York (Estados Unidos), el 6 de marzo de 1974.

Como soy una escritora de ficción, comencemos con una corta historieta. Suponte que eres un astronauta cuya nave pierde el control y se estrella en un planeta desconocido. Al recuperar la consciencia y ver que no estás herido de gravedad, las tres primeras preguntas que te vendrían a la mente serían: ¿dónde estoy?, ¿cómo puedo descubrirlo?, ¿qué debo hacer?

Afuera ves vegetación que te resulta poco familiar, y hay aire para respirar; la luz del sol te parece más pálida de lo que recuerdas, y más fría. Te vuelves para mirar al cielo, pero te paras. Te invade una sensación repentina: si no miras, no tendrás que saber que estás, quizá, demasiado lejos de la Tierra y que no hay retorno posible; mientras dejes de saberlo, eres libre de creer lo que desees..., y sientes una cierta esperanza indefinida y agradable, aunque un poco culpable.

Te diriges a tus instrumentos: puede que estén dañados, no sabes hasta qué punto. Pero te detienes, sacudido por un repentino temor: ¿cómo puedes confiar en esos instrumentos?; ¿cómo

puedes estar seguro de que no te van a engañar?; ¿cómo puedes saber si funcionan en un mundo diferente? Te apartas de los instrumentos.

Ahora empiezas a preguntarte por qué no tienes ganas de hacer nada. Parece mucho más seguro esperar simplemente a que algo ocurra, de alguna forma; es mejor, te dices a ti mismo, no tocar nada que pueda hacer zozobrar la nave. En la distancia, ves algo que parecen seres vivos acercándose; no sabes si son humanos, pero andan sobre dos pies. *Ellos*, decides, te dirán lo que hacer.

Nunca más se sabe de ti.

¿Eso es fantasía, dices? ¿Tú no actuarías así, y ningún otro astronauta lo haría jamás? Tal vez no. Pero ésa es la forma en que la mayoría de los hombres viven sus vidas aquí, en la Tierra.

La mayoría de los hombres se pasa los días procurando evadir tres preguntas, cuyas respuestas son la base de cada pensamiento, sentimiento y acción del hombre, sea consciente de ello o no: ¿dónde estoy?; ¿cómo lo sé?; ¿qué debo hacer?

Desde que tienen edad suficiente para entender esas preguntas, los hombres creen que saben las respuestas. ¿Dónde estoy? Digamos, en Nueva York. ¿Cómo lo sé? Es obvio. ¿Qué debo hacer? Sobre eso no están tan seguros, pero la respuesta habitual es: lo que haga todo el mundo. El único problema parece ser que no son muy activos, no tienen mucha confianza en sí mismos, no son muy felices y sienten a veces un miedo infundado y una culpa indefinible que no pueden ni explicar ni erradicar.

Ellos nunca han descubierto el hecho de que el problema proviene de las tres preguntas sin respuesta, y que sólo hay una ciencia que las puede responder: la *filosofía*.

La filosofía estudia la naturaleza *fundamental* de la existencia, del hombre y de la relación del hombre con la existencia. Contrariamente a las ciencias particulares, que tratan sólo de aspectos concretos, la filosofía trata de aquellos aspectos del universo que tienen que ver con todo lo que existe. En la esfera de la cognición, las ciencias particulares son los árboles, pero la filosofía es el suelo sobre el que crece el bosque.

La filosofía no te dirá, por ejemplo, si estás en Nueva York o

en Zanzíbar (aunque te daría los medios para averiguarlo). Pero esto es lo que *sí* te dirá: ¿estás en un universo gobernado por leyes naturales y, por lo tanto, estable, firme, absoluto... y cognoscible?, ¿o estás en un caos incomprensible, un reino de milagros inexplicables, un flujo impredecible e imprevisible, que tu mente es impotente para captar?; ¿las cosas que ves a tu alrededor, son reales... o son sólo una ilusión?; ¿existen independientemente de cualquier observador... o son creadas por el observador?; ¿son ellas el objeto o el sujeto de la consciencia del hombre?; ¿son *lo que son...* o pueden ser modificadas por un mero acto de tu consciencia, como, por ejemplo, un deseo?

La naturaleza de tus acciones —y de tu ambición— será diferente dependiendo del conjunto de respuestas que aceptes. Esas respuestas pertenecen al ámbito de la *metafísica* —el estudio de la existencia como tal o, en palabras de Aristóteles, del «ser *cual* ser»—, la rama básica de la filosofía.

Independientemente de las conclusiones a las que llegues, te verás obligado a responder a otra pregunta como corolario, a una pregunta que se sigue de forma lógica: ¿cómo lo sé? Ya que el hombre no es ni omnisciente ni infalible, tienes que descubrir qué puedes considerar conocimiento y cómo puedes *demostrar* la validez de tus conclusiones. ¿El hombre adquiere conocimiento mediante un proceso de razón... o por una revelación instantánea que proviene de un poder sobrenatural? ¿Es la razón una facultad que identifica e integra el material provisto por los sentidos del hombre... o se alimenta de ideas innatas que han sido implantadas en la mente del hombre antes de nacer? ¿Es la razón competente para percibir la realidad... o posee el hombre alguna otra facultad cognitiva superior a la razón? ¿Puede el hombre llegar a tener certeza... o está condenado a la duda perpetua?

El grado de confianza en ti mismo —y de tu éxito— será diferente dependiendo del conjunto de respuestas que aceptes. Esas respuestas pertenecen al ámbito de la epistemología, la teoría del conocimiento, que estudia los medios de conocimiento del hombre.

Esas dos ramas constituyen el fundamento teórico de la filosofía. La tercera rama, la *ética*, puede ser considerada como su

tecnología. La ética no se aplica a todo lo que existe, sino sólo al hombre, pero se aplica a todos los aspectos de la vida del hombre: a su carácter, a sus acciones, a sus valores, a su relación con la totalidad de la existencia... La ética (o moralidad) define un código de valores para guiar las decisiones y las acciones del hombre, las decisiones y las acciones que determinan el curso de su vida.

Así como el astronauta de mi historia no supo qué hacer, porque se negó a saber dónde estaba y cómo descubrirlo, tú tampoco puedes saber lo que debes hacer hasta que conozcas la naturaleza del universo con el que estás tratando, la naturaleza de tus medios de conocimiento y tu propia naturaleza. Antes de llegar a la ética, tienes que responder a las preguntas formuladas por la metafísica y la epistemología: ¿es el hombre un ser racional, capaz de lidiar con la realidad... o es un impotente ciego e incapaz, una mota de polvo zarandeada por el vaivén universal?; ¿son posibles el triunfo y el disfrute para el hombre en la Tierra... o está condenado al fracaso y a la desgracia? Dependiendo de las respuestas, puedes proceder a examinar las cuestiones planteadas por la ética: ¿qué es bueno o malo para el hombre..., y por qué?; ¿debe ser la principal preocupación del hombre buscar la felicidad... o escapar del sufrimiento?; ¿debe el hombre considerar la autorrealización o la autodestrucción... como el objetivo de su vida?; ¿debe el hombre perseguir sus valores... o debe colocar los intereses de otros por encima de los suyos?; ¿debe el hombre buscar la felicidad... o el autosacrificio?

No tengo que señalar las distintas consecuencias de esos dos grupos de respuestas. Puedes verlas por todas partes: dentro de ti y a tu alrededor.

Las respuestas dadas por la ética determinan cómo el hombre debe tratar a otros hombres, y eso determina la cuarta rama de la filosofía, la *política*, la cual define los principios de un sistema social apropiado. Como ejemplo de la función de la filosofía, la filosofía política no te dirá cuál va a ser tu racionamiento de gasolina en qué día de la semana; lo que te dirá es si el Gobierno tiene derecho a imponer cualquier racionamiento sobre cualquier cosa.

La quinta y última rama de la filosofía es la *estética*, el estudio del arte, que está basada en la metafísica, la epistemología y la ética. El arte trata de las necesidades —del reabastecimiento— de la consciencia del hombre.

Ahora, alguno de vosotros podría decir, como hace mucha gente: «¡Ah, yo nunca pienso en términos tan abstractos; yo quiero lidiar con problemas concretos, específicos, de la vida real, ¿para qué necesito filosofía?». Mi respuesta es: para que puedas lidiar con problemas concretos, específicos, de la vida real —o sea, para que puedas vivir en la Tierra.

Podrías alegar, como hace la mayoría de la gente, que tú nunca has sido influenciado por la filosofía. Te voy a pedir que cuestiones esa alegación. ¿Alguna vez has pensado o has dicho lo siguiente?: «No estés tan seguro; nadie puede estar seguro de nada». Esa noción la tomaste de David Hume (y de muchos, muchos otros), aunque ni siquiera hayas oído hablar de él. O: «Eso puede ser bueno en teoría, pero no funciona en la práctica». Lo tomaste de Platón. O: «Fue un acto horrible, pero es sólo humano, nadie es perfecto en este mundo». Lo tomaste de San Agustín. O bien: «Puede ser verdad para ti, pero no es verdad para mí». Lo tomaste de William James. O bien: «¡No pude evitarlo! ¡Nadie puede evitar nada de lo que hace!». Lo tomaste de Hegel. O bien: «No puedo demostrarlo, pero *siento* que es verdad». Lo tomaste de Kant. O bien: «Es lógico, pero la lógica no tiene nada que ver con la realidad». Lo tomaste de Kant. O bien: «Es malo, porque es egoísta». Lo tomaste de Kant. ¿Has oído a los activistas modernos decir: «Actúa primero, piensa después»? Lo tomaron de John Dewey.

Algunas personas podrían responder: «Claro, he dicho esas cosas en momentos diferentes, pero no tengo por qué creer esas cosas *todo* el tiempo. Puede haber sido verdad ayer, pero no es verdad hoy». Lo tomaron de Hegel. Podrían decir: «La consistencia es el duende de las mentes pequeñas». Lo tomaron de una mente muy pequeña, de Emerson. Podrían decir: «Pero ¿uno no puede ceder y tomar prestadas ideas diferentes de filosofías diferentes según la conveniencia del momento?». Lo tomaron de Richard Nixon..., quien lo tomó de William James.

Ahora pregúntate: si no estás interesado en ideas abstractas, ¿por qué tú (y todos los hombres) te sientes obligado a usarlas? El hecho es que las ideas abstractas son integraciones conceptuales que engloban un número ilimitado de concretos, y que sin ideas abstractas no serías capaz de lidiar con problemas concretos, específicos, de la vida real. Estarías en la situación en la que está un recién nacido, para quien cada objeto es un fenómeno único y sin precedentes. La diferencia entre su estado mental y el tuyo radica en el número de integraciones conceptuales que tu mente ha realizado.

No tienes opción en cuanto a la necesidad de integrar tus observaciones, tus experiencias y tu conocimiento en ideas abstractas, es decir, en principios. Tu única opción es si esos principios son verdaderos o falsos, si representan tus convicciones conscientes y racionales o si son un revoltijo de nociones pilladas al azar, cuyas fuentes, validez, contexto y consecuencias desconoces, nociones que, muy probablemente, largarías sin ceremonias si las conocieses.

Pero los principios que tú aceptas (consciente o inconscientemente) pueden chocar o contradecirse entre ellos; ellos, también, tienen que ser integrados. ¿Qué los integra? La filosofía. Un sistema filosófico es una visión integrada de la existencia. Como ser humano, no tienes elección sobre el hecho de que necesitas una filosofía. Tu única opción es si defines tu filosofía a través de un proceso consciente, racional y disciplinado de pensamiento, a través de una deliberación escrupulosamente lógica..., o si dejas que tu subconsciente acumule un montón de conclusiones injustificadas, generalizaciones falsas, contradicciones indefinidas, proverbios sin digerir, deseos sin identificar, dudas y temores, todos ellos mezclados al azar, pero integrados por tu subconsciente en una especie de filosofía incongruente y fundidos en una única y sólida tara: *la duda en ti mismo*, como una bola y una cadena en el lugar donde las alas de tu mente deberían haber crecido.

Podrías decir, como hace mucha gente, que no es siempre fácil actuar bajo principios abstractos. No, no es fácil. Pero ¿no es mucho más difícil tener que actuar basándose en ellos sin saber lo que son?

Tu subconsciente es como un ordenador —un ordenador más complejo que cualquiera que los hombres puedan construir— y su principal función es la integración de tus ideas. ¿Quién lo programa? Tu mente consciente. Si fracasas, si no alcanzas convicciones firmes, tu subconsciente queda programado por el azar, y te entregas al poder de unas ideas que no sabes que has aceptado. Pero, de una forma u otra, tu ordenador te da informes, todos los días y a todas horas, en forma de *emociones*, que son estimaciones relámpago de las cosas a tu alrededor, estimaciones calculadas de acuerdo con tus valores. Si programaste tu ordenador con el pensamiento consciente, conoces la naturaleza de tus valores y de tus emociones. Si no lo hiciste, no la conoces.

Muchas personas, especialmente hoy día, afirman que el hombre no puede vivir sólo por la lógica, que hay que considerar el elemento emocional de su naturaleza, y que ellos se dejan guiar por sus emociones. Bueno, eso es lo que hizo el astronauta de mi historia. Quien lo paga es él..., y ellas: los valores y las emociones del hombre son el resultado de su visión fundamental de la vida. El programador final de su subconsciente es la *filosofía*: la ciencia que, según los emocionalistas, es impotente para influir o penetrar en los tenebrosos misterios de sus emociones.

La calidad de lo que sale de un ordenador, su *output*, está determinado por la calidad de lo que entra en él, su *input*. Si tu subconsciente está programado por la casualidad, lo que él produzca tendrá las mismas características. Probablemente has oído el elocuente término que usan los analistas informáticos: GIGO, o *garbage-in, garbage-out* («basura entra, basura sale»). La misma fórmula se aplica a la relación entre el pensamiento de un hombre y sus emociones.

Un hombre que se deja llevar por sus emociones es como un hombre que se deja guiar por un ordenador cuyos informes no puede leer. Él no sabe si su programación es verdadera o falsa, correcta o incorrecta; si lo está llevando a él al éxito o a la destrucción; si sirve a sus objetivos o a los de algún poder maléfico e incognoscible... Él está ciego en dos frentes: ciego al mundo que lo rodea; y ciego a su propio mundo interior. No es capaz de cap-

tar ni la realidad ni sus propios motivos, y vive con un miedo crónico a ambos. Las emociones no son herramientas de conocimiento. Los hombres que no están interesados en filosofía son los que más urgentemente la necesitan: ellos son los que están más desesperadamente en su poder.

Los hombres que no están interesados en filosofía absorben sus principios a través de la atmósfera cultural que los rodea: a través de escuelas, universidades, libros, revistas, periódicos, películas, televisión, etcétera. ¿Quién establece el tono de una cultura? Un pequeño puñado de hombres: los filósofos. Los demás siguen su ejemplo, ya sea por convicción o por defecto. Desde hace unos doscientos años, bajo la influencia de Immanuel Kant, la tendencia dominante de la filosofía se ha centrado en un único objetivo: destruir la mente del hombre, destruir su confianza en el poder de la razón. Hoy estamos viendo el clímax de esa tendencia.

Cuando los hombres abandonan la razón, no sólo descubren que sus emociones no pueden guiarlos, sino que no pueden sentir ninguna emoción excepto una: terror. El aumento de la adicción a la droga entre jóvenes educados a la moda intelectual de hoy es prueba del insoportable estado interior de hombres que han sido privados de sus medios de conocimiento y que buscan escapar de la realidad, que buscan escapar del terror de su propia impotencia para hacer frente a la existencia. Observad el temor de esos jóvenes a la independencia y su frenético deseo de «pertenecer», de unirse a algún grupo, a alguna pandilla o a alguna banda. La mayoría de ellos nunca ha oído hablar de filosofía, pero sienten que necesitan respuestas fundamentales a preguntas que no se atreven a formular, y esperan que la tribu les diga *cómo vivir*. Ellos están listos para ser conquistados por cualquier hechicero, gurú o dictador. Una de las cosas más peligrosas que un hombre puede hacer es cederle su autonomía moral a los demás: como el astronauta de mi historia, él no sabe si son humanos, aunque anden sobre dos pies.

Ahora puedes preguntar: si la filosofía puede ser tan malvada, ¿por qué debería uno estudiarla? En concreto, ¿para qué debería uno estudiar las teorías filosóficas que son descaradamente

falsas, que no tienen ningún sentido y que no guardan ninguna relación con la vida real?

Mi respuesta es: para tu propia protección... y para defender la verdad, la justicia, la libertad y cualquier otro valor que hayas podido tener o puedas tener algún día.

No todas las filosofías son malvadas, aunque demasiadas de ellas lo son, sobre todo en la historia moderna. Por otra parte, en la raíz de todo logro civilizado, como la ciencia, la tecnología, el progreso y la libertad —en la raíz de todos los valores que hoy disfrutamos, como el nacimiento de Estados Unidos—, encontrarás el logro de *un hombre* que vivió hace más de dos mil años: Aristóteles.

Si lo único que sientes es aburrimiento cuando lees las teorías prácticamente ininteligibles de *algunos* filósofos, coincido totalmente contigo. Pero, si las descartas completamente, diciendo «¿Por qué tengo que estudiar esas cosas cuando sé que son tonterías?», estás equivocado. *Son* tonterías, pero tú *no* lo sabes; no lo sabes mientras continúes aceptando todas sus conclusiones, todas las monstruosas «frases hechas» que han producido esos filósofos. Y no puedes dejar de aceptarlas hasta que seas capaz de *refutarlas*.

Esas tonterías tratan de los asuntos más cruciales, de las cuestiones de vida o muerte de la existencia del hombre. En el fondo de cualquier teoría filosófica significativa existe un tema legítimo, en el sentido de que la consciencia del hombre tiene necesidades reales, las cuales algunas teorías intentan clarificar y otras intentan ofuscar y corromper para impedir que el hombre jamás las descubra. La batalla de los filósofos es una batalla por la mente del hombre. Si no entiendes sus teorías, eres vulnerable a lo peor de ellas.

La mejor forma de estudiar filosofía es abordarla como uno aborda una novela de misterio: sigue cualquier pista, cualquier rastro y cualquier implicación, para así poder descubrir quién es el asesino y quién es el héroe. El criterio de detección son dos preguntas: ¿por qué? y ¿cómo? Si un principio dado parece ser cierto: ¿por qué? Si otro parece ser falso: ¿por qué? y ¿cómo defiende su posición? No vas a encontrar todas las respuestas de

inmediato, pero vas a adquirir una característica valiosísima: la capacidad de pensar en términos de esenciales.

Nada le es dado al hombre automáticamente, ni conocimiento, ni confianza en sí mismo, ni serenidad interior, ni la forma correcta de usar su mente. Cada valor que él necesita o que él quiere tiene que ser descubierto, aprendido y adquirido, incluso la postura correcta de su cuerpo. En este contexto, quiero decir que siempre he admirado la postura de los graduados de West Point, una postura que proyecta al hombre con un control orgulloso y disciplinado de su cuerpo. Pues bien, el entrenamiento filosófico le da al hombre la postura *intelectual* adecuada: un control orgulloso y disciplinado de su mente.

En vuestra propia profesión, en la ciencia militar, vosotros sabéis la importancia de seguirles la pista a las armas, a la estrategia y a las tácticas del enemigo, y de estar listos para contrarrestarlas. Lo mismo es verdad en filosofía: tenéis que entender las ideas del enemigo y estar preparados para refutarlas, tenéis que conocer sus argumentos básicos y ser capaces de demolerlos.

En la guerra física, no enviarías a tus hombres a caer en una emboscada: harías todo lo posible por descubrir la ubicación de esa emboscada. Pues bien, el sistema de Kant es la emboscada más grande y más compleja de la historia de la filosofía; pero está tan llena de fallos que, una vez que captas su artimaña, puedes desactivarla sin ningún problema y seguir caminando por encima de ella con total seguridad. Y, una vez desactivada, los kantianos de segunda clase —los rangos inferiores de su ejército de filósofos, los sargentos, los soldados rasos, los mercenarios de hoy— caen por su propio peso (por su propia *falta* de peso), en una reacción en cadena.

Hay una razón especial por la que vosotros, los futuros líderes del ejército de Estados Unidos, debéis estar filosóficamente armados hoy. Vosotros sois el blanco de un ataque especial por el sistema kantiano-hegeliano-colectivista que domina nuestras instituciones culturales en la actualidad. Vosotros sois el ejército del último país medio libre que queda en la Tierra, y aun así se os acusa de ser un instrumento del imperialismo; «imperialismo» es como llaman a la política exterior de este país, que nunca ini-

ció conquistas militares y no se aprovechó de las dos guerras mundiales, las cuales él no inició, aunque participó en ellas y las ganó. (Fue, por cierto, una política demasiado absurda y generosa lo que hizo a este país derrochar su riqueza en ayudas tanto a sus aliados como a sus antiguos enemigos.) A algo que llaman «el complejo militar-industrial» —que es un mito, o algo peor— es a lo que se culpa por todos los males de este país. Matones universitarios exigen a gritos que se les prohíba a las unidades militares entrar en las universidades. Nuestro presupuesto de defensa está siendo atacado, denunciado y minado por gente que proclama que hay que dar prioridad financiera a jardines ecológicos de rosas y a clases de autoexpresión estética para residentes de los barrios bajos.

Algunos de vosotros podéis sentir os desconcertados por esa campaña, y podéis estar preguntándoos, de buena fe, qué error habéis cometido para llegar a eso. Si es así, es de extrema urgencia que entendáis la naturaleza del enemigo. Estáis siendo atacados, no por vuestros errores o vuestros defectos, sino por vuestras virtudes. Estáis siendo denunciados, no por vuestras debilidades, sino por vuestra fuerza y vuestra competencia. Estáis siendo penalizados por ser los protectores de Estados Unidos. A un nivel inferior sobre el mismo tema, un tipo de campaña similar se está llevando a cabo contra la policía. Los que tratan de destruir este país están tratando de desarmarlo intelectual y físicamente. Pero no es una mera cuestión política; la política no es la causa, sino la consecuencia última de las ideas filosóficas. No es una conspiración comunista, aunque algunos comunistas pueden estar involucrados, como gusanos aprovechándose de un desastre que no tuvieron la capacidad de causar. La motivación de los destructores no es el amor al comunismo, sino el odio a Estados Unidos. ¿Por qué ese odio? Porque Estados Unidos es la refutación viviente del universo kantiano.

La empalagosa preocupación actual por el débil —por el deficiente, por el que sufre, por el culpable— es un tapujo para enmascarar un odio profundamente kantiano por el inocente, por el fuerte, por el capaz, por el triunfador, por el virtuoso, por el seguro de sí mismo, por el que es feliz. Una filosofía empeñada

en destruir la mente del hombre es necesariamente una filosofía de odio por el hombre, por la vida del hombre y por todo valor humano. El odio a lo bueno por ser lo bueno es el sello distintivo del siglo xx. *Ése* es el enemigo que estás enfrentando.

Una batalla de ese tipo requiere armas especiales. Tiene que ser combatida con un total entendimiento de tu causa, con una total confianza en ti mismo, y con plena certeza de la rectitud *moral* de ambas. Sólo la filosofía puede proporcionarte esas armas.

La tarea que me propuse para esta noche no fue convencerlos de *mi* filosofía, sino de la filosofía como tal. Sin embargo, he estado hablando implícitamente de mi filosofía en cada frase, puesto que ninguno de nosotros (y nada de lo que digamos) puede escapar de las premisas filosóficas. ¿Cuál es mi interés *egoísta* en el asunto? Estoy lo suficientemente segura como para pensar que si aceptáis la importancia de la filosofía y la tarea de examinarla críticamente, será mi filosofía la que aceptaréis. Formalmente, la llamo Objetivismo, pero informalmente la llamo una filosofía para vivir en la Tierra. Encontraréis una presentación explícita de ella en mis libros, sobre todo en *La rebelión de Atlas*.

Para concluir, permitidme que hable en términos personales. El evento de esta noche significa mucho para mí. Me siento profundamente honrada por la oportunidad de dirigirme a vosotros. Puedo decir —no como un bromuro patriótico, sino con pleno conocimiento de las raíces metafísicas, epistemológicas, éticas, políticas y estéticas necesarias— que los Estados Unidos de América es el más grandioso, el más noble y, en sus principios fundadores originales, el *único* país moral en la historia del mundo. Hay una especie de aura de tranquilidad asociada en mi mente con el nombre de West Point, porque habéis conservado el espíritu de esos principios fundadores originales y sois el símbolo de su espíritu. Había contradicciones y omisiones en esos principios, y puede que los haya en los vuestros, pero estoy hablando de lo esencial. Puede que algunos individuos en vuestra historia no estuvieran a la altura de vuestros más altos estándares —como pasa en cualquier institución—, puesto que ninguna institución y ningún sistema social puede garantizar la perfección automáti-

ca de cada uno de sus miembros; eso depende del libre albedrío de cada individuo. Estoy hablando de vuestros estándares. Habéis conservado tres cualidades de carácter que eran típicas en la época del nacimiento de Estados Unidos pero que prácticamente han desaparecido hoy: seriedad..., dedicación..., sentido del honor. Honor es autoestima hecha visible en acción.

Habéis decidido arriesgar vuestras vidas en defensa de este país. No voy a insultaros diciendo que estáis dedicados a un servicio desinteresado: eso no es una virtud en mi moralidad. En mi moralidad, la defensa del propio país significa que un hombre personalmente se niega a vivir como el esclavo conquistado de cualquier enemigo, sea extranjero o nacional. *Eso* es una enorme virtud. Puede que algunos no seáis totalmente conscientes de eso. Quiero ayudaros a que os deis cuenta.

El ejército de un país libre tiene una gran responsabilidad: el derecho a usar la fuerza, pero no como instrumento de coacción y de conquista bruta —como han hecho los ejércitos de otros países en sus historias—, sino sólo como instrumento para la defensa propia de una nación libre, lo cual significa: para la defensa de los derechos individuales del hombre. El principio de usar la fuerza sólo como represalia contra los que inician su uso es el principio de la subordinación del poder al derecho. Para esa tarea se requieren la más alta integridad y el mayor sentido del honor. Ningún otro ejército en el mundo lo ha conseguido. Vosotros sí.

West Point le ha dado a Estados Unidos una larga lista de héroes, conocidos y desconocidos. Vosotros, los graduados de este año, tenéis una gloriosa tradición que mantener, la cual admiro profundamente, no por ser una tradición, sino por ser *gloriosa*.

Como llegué de un país culpable de la peor tiranía de la Tierra, me siento especialmente capacitada para apreciar el significado, la grandeza y el valor supremo de lo que estáis defendiendo. Así, en mi propio nombre y en el nombre de los muchos que piensan como yo, os quiero decir, a todos los hombres de West Point, pasados, presentes y futuros: gracias.